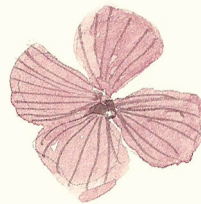






Ramiro Mirón o el ratón espía





COLECCIÓN PLANETA AMARILLO

© del texto, Sara Bertrand, 2016
© de las ilustraciones, María Elina Méndez, 2016

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017
Av. Andrés Bello 2115, piso 8, Providencia,
Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

Segunda edición en Planeta Lector | enero 2018
ISBN | 978-956-360-122-0


Impreso en China / *Printed in China*

**El libro original protege el trabajo del autor,
diseñador y del equipo editorial.
Comprar el original es respetar ese trabajo.
No fomentes el delito de la piratería.**


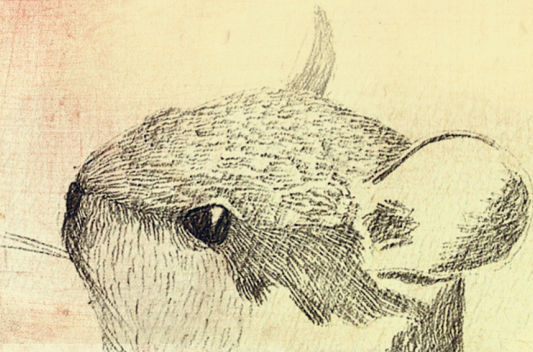
Ramiro Mirón o el ratón espía

SARA BERTRAND

Ilustraciones de **María Elina**



Dicen que somos diferentes.
Que no podemos vivir juntos, dicen.
Que es imposible que habitemos el mismo terreno —como lo hemos venido haciendo desde mucho antes de nacer—, pues mis padres pelearon con sus padres y antes lo hicieron mis abuelos con los suyos.



Dicen que existe un abismo
entre nosotros, ¿será cierto?








Mis hermanos piensan así y mantienen una lucha despiadada por la conquista de nuevos territorios. Un día están en la cocina, otro en el comedor y se desternillan de la risa cuando descubren el descontento en la mirada de los padres de ella. Sucede cada vez que detectan nuestros rastros. Y es que mis hermanos no son precavidos, dejan huellas por todos lados. Que una pata, que una miga, que una manzana mordisqueada. Lo hacen a propósito.


—“¡Pleito, pleito, pleito!” —gritan mientras se alistan para salir.

A sus padres no les preocupa la hora ni el lugar, les basta distinguir un indicio nuestro para desencadenar una reacción inmediata: recorren la casa con palos y escobas, revisan debajo de las camas, dentro de los clósets, en la cocina, en el living. ¡Hay que ver cómo gritó la madre de ella el día que me pasó a llevar la cola con los pies! De un salto se encaramó en la cama y brincó como si compitiese por llegar al techo.





—¡No es posible que sigamos viviendo así! —alegó.
—¿Tú crees que a mí no me preocupa? —replicó el padre.
—Pero no has hecho lo suficiente... —respondió ella.
—¡Tengo la casa rodeada de veneno!, ¿qué más quieres que haga?
—Algo, cualquier cosa, ¡no es posible vivir rodeados de ratas!



Sus palabras hieren mi corazón de roedor. ¡Vivir la vida de ratas es suficientemente difícil como para que te la hagan más complicada! Y cada episodio con mis hermanos empeora nuestras condiciones; ¿por qué enrabiar a nuestros vecinos?, pienso yo. Pero, ¿quién puede discutir con mis hermanos si son cientos de millones y cada día que pasa ingenian nuevas formas de abordaje?





Por esa razón, prefiero mantenerme aparte, pasarme las horas contemplándola a ella...

Tengo un lugar especial en su ventana, oculto en un rincón por las hojas de una enredadera. Una vez me dejé llevar por su aroma dulzón y, mareado, salí de mi escondite. Entonces, ella me descubrió, dio un salto hacia atrás y aleteó con sus manos, como advirtiéndome que me alejara.





Intenté hablar, decirle que podríamos ser amigos, pero ella respondió en ese idioma tan particular que tiene su gente, alegando que me fuera, y luego comenzó a repetir una especie de estribillo que decía así:





—¡Shu-shu-shu!



Lo hizo entornando sus labios en una mueca tan divertida, que me hizo reír.



Otras veces debo salir arrancando aunque no me haya visto, porque mis hermanos aprovechan esos momentos de inocente observación mía para tirarme cáscaras de nueces o avellanas. Les gusta jugar a mis hermanos...

